

Han pasado cincuenta años

*"Nuestros sueños se juntan en una nueva ola.
Se mezclan nuestras sangres en una vena sola."*

*Nicolás Guillén, "Nadie", en el poemario
"Tengo", de 1964.*

En todos los pueblos que constituyen la familia humana se ha recordado -de una u otra forma- el final de la Segunda Guerra Mundial, que terminó en mayo de 1945 en Europa y en agosto del mismo año en Asia. Pero, ¿cómo terminó? ¿Qué sucedió antes y después de la misma? ¿Cuál es la situación actual en esta pequeña porción, casi esfera, de una galaxia entre otras, pero en la que habita el soberano de la creación, la persona humana?

Los que no somos ya jóvenes recordamos, a todo color, aquellos días de fiesta y esperanza de mayo de 1945. Atrás quedaban la pesadilla engendrada por el nazismo y el fascismo, los campos de exterminio de judíos y gitanos, los campos de concentración. Atrás también los bombardeos alemanes sobre Londres y la ocupación de tantos países europeos. No ignorábamos (aunque se hablaba menos de ello) los bombardeos de los aliados sobre objetivos civiles en Alemania, la inútil destrucción de sus ciudades que nunca pudieron volver a ser las mismas, con la finalidad -éticamente injustificable- de crear pánico en la población civil alemana.

Menos festivo fue el final japonés: no hacía falta poseer una sensibilidad exquisita para reprobar el terror de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Como "suicidio de la humanidad" ha calificado recientemente S.S. Juan Pablo II, ese bombardeo calculado por autoridades militares norteamericanas y por el Presidente de aquel momento en los EE.UU. de Norteamérica, Harry S. Truman; hombres de imaginación castrada, incapaces de suponer siquiera que los habitantes civiles de esas dos ciudades japonesas eran también personas humanas.

"Maquiavélicos" todos, en el peor y más popular sentido del término, el que asocia al politólogo renacentista italiano (uno de los cimientos de la politología moderna) con aquello de que "el fin justifica los medios!".

Los orígenes de aquella Guerra, cuyo recuerdo todavía nos espanta, no pueden simplificarse y no es éste el lugar de su análisis pormenorizado. Bástenos



Berlín dividido por una frontera de espinos, anticipo del célebre muro. Tras la Guerra Mundial, el mundo se ve dividido en dos grandes bloques.

anotar que, entre otros ingredientes, habría que tener en cuenta que: -1) hacia fines del siglo XIX, el derrumbe del "antiguo orden" (¿o "desorden"?), no fue valorado en todo su alcance y los responsables de aquel mundo fueron incapaces de crear un "nuevo orden" aceptable, elementalmente justo, en la búsqueda de un equilibrio de poderes, lo que establecieron resultó tan frágil que dio origen a la Primera Guerra Mundial; -2) ésta no resolvió nada o casi nada: sembró los "huevos de serpiente" que desarrollaron su preñez en el periodo entre guerras; -3) durante el mismo, progresivamente se pisoteó la libertad y con ella a la persona humana (expansionismo japonés, nazismo, fascismo, leninismo-stalinismo, ambiciones imperiales de los países occidentales supuestamente garantes de la libertad y del bienestar de sus ciudadanos... pero no de los habitantes de sus colonias y de sus zonas de influencia, guerra Civil en España, etc.); -4) manejo inepto de la crisis económica mundial de los años 30, de la que salieron más ricos algunos países y grupos minoritarios dentro de casi todos los países, mientras se engrosaban las filas del ya enorme ejército de los que vivían por debajo de los niveles aceptables de existencia humana.

Con todos estos ingredientes (y otros más), la situación global de nuestro planeta era potencialmente explosiva... y explotó la II Guerra Mundial. ¿Qué sucedió después? -División artificial de Alemania y de las zonas de influencia de las que resultaran ser las dos grandes potencias emergentes, los Estados Unidos y la Unión Soviética; -"guerra fría" entre las potencias y los bloques que ellas encabezaban, catalizadora de "guerras calientes" más localizadas (Corea, Viet Nam, Medio Oriente); -desmoronamiento de la política de bloques; nació con carcinoma y era imposible que perdurara; -parecen despuntar nuevos criterios excesivamente economicistas en el "reordenamiento" que está teniendo lugar; por el momento en torno a tres puntos focales: Estados Unidos, (América), Alemania (Europa y África), Japón y China (Asia y Oceanía), sin que todavía pueda percibirse claramente: la ubicación de Rusia y las repú-

blicas que en un tiempo constituyeran la Unión Soviética y la relación del Medio Oriente con los puntos focales. Las relaciones entre los "focos" y sus dependencias están interpenetradas recíprocamente, sea por la vía de las transnacionales, sea por las relaciones comerciales más abiertas. Ya en nuestros días, como humillación para nuestro mundo contemporáneo, tenemos ante nuestros ojos las guerras en Bosnia-Herzegovina y en Chechenia y las guerras civiles y las hambrunas en África, las dimensiones incalculables del narcotráfico, el terrorismo, la xenofobia de renovado cuño, el renacimiento de variadas formas de fundamentalismo religioso y de grupos delirantes, socialmente peligrosos, animados por máscaras de pseudoreligiosidad, etc. **Mientras para todos los hombres, no sea el hombre, la persona humana, la medida de todas las cosas, mal andamos y andaremos.** "El hombre -afirmó Juan Pablo II en su primera encíclica, "Redemptor hominis" - es el camino de la Iglesia". Pues bien, no sólo de la Iglesia: es el camino de todos los hombres y, de manera muy singular, de aquellos que cargan sobre sus hombros las responsabilidades de la dirección socio-económica, política y cultural. De ellos depende, primordial aunque no exclusivamente, que no se incuben nuevos "huevos de serpiente" y que sean decapitadas las hidras venenosas que aún deambulan, dañando con sus resoplidos venenosos. **¿Contribuirán las conmemoraciones de este aniversario a que interioricemos las anteriores experiencias dolorosas y a que actuemos con sabiduría?**

No puedo terminar estas reflexiones sin evocar a Pío XII. Como Cardenal Secretario de Estado, junto a su predecesor Pío XI, le tocó la pre-guerra, con la ascensión de todos los "-ismos" mencionados. Ya como Papa le correspondió encarar la Segunda Guerra Mundial y los trece primeros años de post-guerra. Hace cincuenta años todos lo saludamos como uno de los artífices de la paz. Con el correr del tiempo ha sido víctima de ataques contradictorios y, como consecuencia inevitable, los más jóvenes y los menos informados, se forman juicios a veces superficiales o, simplemente, no se forman juicio: quedan instalados en una cierta ambigüedad.

Hoy los judíos lo acusan de que no habló con firmeza contra el holocausto; entonces alabaron sin reservas la protección que les brindó la Iglesia en toda Europa (con instrucciones precisas de la Santa Sede), y agradecieron las vidas de judíos salvados por la Iglesia y, de manera muy especial, en Roma, cuyo Gran Rabino se convirtió al catolicismo después de la Guerra. Este repitió en múltiples circunstancias que, en el punto de partida del camino que lo llevó a la Iglesia Católica, estaba la personalidad de S.S. Pío XII. Los marxistas lo han acusado de anticomunismo visceral y los fascistas italianos y los nazis alemanes de no haberse pronunciado claramente contra el poder soviético durante la Guerra, responsabilizándolo (¡hasta ese extremo!) de haber sido uno de los causantes de la victoria soviética y de la implantación de los regímenes de socialismo real en el Este de Europa.

Me resulta claro históricamente que la Santa Sede, desde los tiempos de Pío XI, no comulgó ni con el socialismo soviético (que era entonces stalinismo), ni con los totalitarismos "de derecha" (de Mussolini y de Hitler). Es evidente: (vale la pena leer los "apuntes" de Mons.



Pío XII estrecha la mano de Mons. Tardini, uno de los más eficaces y devotos colaboradores del Pontífice

Tardini, después Secretario de Estado) que durante la guerra, Pío XII no quiso ser manipulado por los fascistas y, a pesar de las fuertes presiones ejercidas por los gobiernos de Italia y de Alemania, no añadió condenas al socialismo soviético (hechos con anterioridad por Pío XI). Sus "condenas" posteriores, cuando ya terminada la Guerra el socialismo real se implantó en el Este y la Iglesia conoció pruebas sumamente duras (recordemos, a título de ejemplo, los "procesos" de los Cardenales Wyszyński, Beran, Mindszenty y Stepinac), no fueron nunca de la envergadura de las condenas al stalinismo del propio PCUS después de Khrushchev y del Vigésimo Congreso del Partido, presidido por él. A los datos aportados entonces "oficialmente" se añaden hoy las revelaciones de los actuales gobiernos de las ex-repúblicas soviéticas (Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Georgia etc.) y de los países del Este de Europa. ¡Poco dijo Pío XII contra el socialismo real en su época! Aunque entonces nos parecía inverosímilmente duro, lo que se ha sabido desde 1958 en adelante, nos lo muestra como "ignorante" de las realidades más negativas o como hombre discreto, no inclinado -como fino diplomático que era- a exacerbar los ánimos o a "calentar" excesivamente las relaciones con los estados socialistas de entonces (Pío XII murió precisamente en 1958) y a empeorar la situación de los católicos dentro de esos países, con palabras inútiles y repetitivas acerca de situaciones harto conocidas tanto por los ciudadanos de los países socialistas como en Occidente. Como artífice de la paz lo recuerdo y, aunque no pretendo canonizarlo antes de tiempo, lo evoco hoy como piedra sólida que permitió, con su acción pastoral, que al año siguiente de su muerte, su sucesor, Juan XXIII, convocara el Concilio Ecuménico Vaticano II y con él se iniciara la actual reforma católica de la Iglesia. □

La Habana, 3 de junio de 1995